

Buhaina... Antheagin

Raúl A. Mao

“Una obra hermosa es eterna alegría”

John Keats

Por la mañana de ese día el cielo estaba gris sobre Madrid. Sería igual de gris sobre Nueva York esa misma mañana de ese mismo día. Del tiempo y de la memoria, del espacio y de la muerte en otoño que tal vez sea más suave en Madrid que en Nueva York, como un fantasma purificando sus pensamientos antes de desaparecer.

La historia de los hombres es como la de los colores: desangelados por su indiferencia o brillantes como el fuego. Otra historia son los tambores, que se pueden tocar por lo que son o dando golpes a la luna. El hombre los tocó y los amó como a códigos secretos de sabiduría; el tocó y amó los orígenes de las arterias que encendían hogueras de plásticos soñadores.

Porque la historia de las grabaciones es la historia de la lucha, por encima y por debajo, contra lo efímero aunque sea bello.

El era el sonido del corazón en donde buscaba fundirse con el anonimato de sus vicios porque su música los necesitaba. El fue como una peonza de las articulaciones rítmicas y permitió que otros fueran desde aprendices de brujo hasta maestros en despertar a los somnolientos. El fue maestro y algo más: fue el testigo socarrón y ágil detrás de sus tambores para que la música fuese lucha y revancha sobre las palabras porque la música era como un juego de posesión.

De su manera de tocar daban testimonio esos ojos como espejos lunares, sus sonrisas ausentes, sus paseos por las noches de Túnez, sus viajes de Antheagin hacia la morada de Buhaina, sus discursos en el parque sobre la teoría del arte. Todo eso, puesto de mala manera con palabras, es sólo el vicio de escuchar por la pasión de oír.

Tanto tiempo estuvo... que sus cabellos se hicieron blancos. Sólo eso, lo demás seguía y era como si no tuviese edad.

El no fue tal vez un revolucionario, ni tal vez un genio; fue, a su manera, un músico. Se llamaba Art Blakey, la sabiduría de la percusión. A su manera se murió pensando que sin la música, la vida sería un error.

BLUES MARCH

¡Ron, pon, pon, pon, ron, ron, ron!
Estallido de luz en tus manos,
los pellejos saltan, los metales vibran,
golpe y belleza, son ruidos;
por la madera sangra el negro corazón
y las entrañas del ritmo son oscuras.

¡Ron, pon, pon, pon, ron, ron, ron!
Art Blakey, Pittsburgh, el acero.
ABDULLAH ibn Buhaina, Africa, el destino.

El mensajero ha muerto,
que suene el trueno y la noche,
y le reciba la eternidad con la sonrisa.
Los sueños del mundo le queremos,
su mensaje es instante
y sus dedos, la fuerza...
¡Ron, pon, pon, pon, ron, ron, ron!

Javier Domínguez

